

Boletín
del
Museo provincial de Bellas Artes
de Valladolid

Núm. 10

Diciembre, 1927

OBRAS DEL MUSEO

Estatuas de alabastro, por Berruguete

Creo haber identificado con toda certeza seis estatuas de alabastro que han andado rodando por el Museo, dándoles muy distinto valor artístico y no atribuyéndoselas a artista determinado; pero el pertenecer a retablos que también pude identificar, hace tiempo, los cuales fijan la paternidad de la obra en conjunto, justifica que reuna aquí, como precedente, lo que ya escribí y publiqué en mis *Notas sueltas* que titulé *De Arte en Valladolid*.

Perdóneseme la repetición, casi copia íntegra, de lo ya dado al público, por primera vez en el benemérito *Boletín de la Sociedad castellana de excursiones*, al fin de poder observar con más facilidad lo que fué objeto de mis preocupaciones de otros tiempos y que ha dado por resultado encontrar una obra íntegra, o casi íntegra, del gran escultor castellano, del maestro Alonso Berruguete, la cual se creyó perdida al citarla documentalente don José Martí y Monsó en sus *Estudios histórico-artísticos*.

* * *

Alonso Berruguete hizo a más del famoso retablo mayor de San Benito, otro retablo para la misma iglesia del monasterio de San Benito de Valladolid. Ya lo dijo Bosarte, y no se dió importancia a la noticia por desconocerse la obra y haber sufrido alteración de importancia cuando se recogiera en las salas y galerías del Museo.

«Sabemos también por buenos conductos—escribió el autor citado (1), refiriéndose a Berruguete,—que adornó el trascoro de la misma iglesia de San Benito el Real con un retablo y altar no muy grande, el cual al renovarse el trascoro se desbarató, y porque no pudiesen los pedazos, el P. Abad que entonces era dispuso se formasen con ellos unos pequeños altares, que se conservan en el día y son aquellos que hay en la pared de mano derecha luego que se entra á la iglesia por la puerta principal de ella.»

Los *buenos conductos* [no podían ser otros que los datos que el P. Mauro Mazón, archivero del convento, facilitó a Bosarte, entre los cuales estaban los documentos que hacían referencia al retablo mayor, y publicó en el «Apéndice de documentos justificativos» que acompaña a su *Viage artístico á varios pueblos de España*. De sentir fué que no dieran también a la imprenta los relacionados con esta otra obra de Berruguete, asunto de estas líneas, y no la daría, seguramente, por ser datos muy incompletos que no publicaban más que el nombre de Berruguete unido a otra obra que no era el retablo mayor, y que él ya mencionaba.

La comprobación de esa noticia dada por Bosarte la hizo Martí, y aunque son muy escasas las referencias que pudo obtener de los *Indíces del Archivo de San Benito* mi llorado amigo, anotó del primer índice, hecho en 1590 (2):

«RETABLOS: escripturas del retablo del altar mayor y del de san Juan y Samiguel. año 1539. Cajon 13.»

del segundo, de 1690, lo mismo:

«Scripturas del Retablo del altar mayor y del de s. Ju.º y Sn. Miguel. Año 1539. Cajon 13.»

y del tercero, del 1716:

«Scrit.^a de obras del altar maior costo 2000 duc.^{os} la sala.—Es- crituras de las obras del altar maior de s.ⁿ Juan y s.ⁿ Mi- guel echas por Alonso Verruguete.—caj. 1.—leg. 2.—n.º 3. año 1526.»

por cuyos datos, sobre todo de los del tercer índice, puede deducirse que el retablo de San Juan y San Miguel y el que cita

(1) *Viage artístico*. Madrid, 1804, pág. 156.

(2) *Estudios histórico-artísticos*, p. 138.

Bosarte, son la misma obra, como ya dije en mi estudio sobre Berruguete (1).

Pero hay que hacer justicia y poner las cosas en su verdadero punto. Ni Bosarte ni Martí fueron los que primeramente citaron esa obra de Berruguete. Lo hizo Antolínez de Burgos en el primer tercio del siglo XVII, y pasó el dato sin que nadie se fijara en él.

Aunque repita algo de esos conceptos copio lo que escribí, hace tiempo, sobre este particular:

«Para el mismo monasterio de San Benito labró Berruguete otro retablo, y así lo expresa Don Juan Antolínez de Burgos (2) al decir que eran «fábrica suya—de Berruguete—los dos altares que están juntos a la reja—en la iglesia de San Benito—uno de San Miguel y otro de San Juan Bautista.» Pero con toda sinceridad manifestamos que poníamos en duda la noticia que nos suministraba el primer historiador de la ciudad, porque también de ésta hacía a Berruguete natural. Hoy no lo dudamos, pues consta en los *Indices del Archivo de San Benito* tal obra, que si en los de 1590 y 1690 no se dice quién pudiera ser el autor, en el de 1716 se registran las «Escrituras de las obras del altar mayor de San Juan y San Miguel hechas por Alonso Verruguete.» Por tanto, este apunte comprueba la indicación de Antolínez de Burgos, aunque éste diga que son dos altares, pues ya en su época se había desarmado el primitivo y hechos dos de los fragmentos. A ese mismo retablo se referiría Bosarte, como muy lógicamente piensa el señor Martí, cuando habla que en el «trascoro de la misma iglesia de San Benito el Real» había «un retablo y altar no muy grande», que se deshizo al renovarse el trascoro, utilizándose los fragmentos en la formación de unos pequeños altares que en época de Bosarte estaban en la nave de la epístola.

Como decimos, no habíamos dado crédito a la indicación de Antolínez de Burgos con haber leído tantas veces la noticia; de extrañar es que le pasara inadvertida y no recogiera la cita el diligentísimo señor Martí, ya que ha tenido la satisfacción de comprobarla sin haberse fijado en ella.»

(1) *Alonso Berruguete. — Sus obras; su influencia en el arte escultórico español*, pg. 50 y 51.

(2) *Historia de Valladolid*. pág. 311,

Consecuencias de todo esto: que Alonso Berruguete hizo, a la vez que el principal de la iglesia, según las escrituras referidas, un retablo dedicado a San Juan Bautista y San Miguel que, primeramente, se colocó en el trascoro de la iglesia de San Benito; que, luego, de él se hicieron dos retablos, según Antolínez de Burgos, que se dispusieron junto a la reja de la capilla mayor; y que, más tarde, de la misma procedencia, en época de Bosarte, había «unos pequeños altares» que estaban en la nave de la Epístola. Y nada más se deduce. Porque aunque se citan las escrituras del retablo mayor y de este otro de San Juan y San Miguel, de 1526 y 1539, años que se acomodan a las fechas de 8 de Noviembre de 1526, en que se hace la escritura de concierto para la construcción del mayor, y 29 de Septiembre de 1539, en que se otorga el finiquito de pago del mismo, no se sabe si a las mismas fechas hacían referencia las del retablo más pequeño, cosas siempre dudosas, pues nada a él se refiere en los documentos citados y conocidos.

Cierto que no debe extrañar que se hiciera el retablo bajo la advocación de San Juan Bautista y de San Miguel, pues en pinturas de los que han dado en llamar *primitivos* no es raro encontrar, en el mismo cuadro, al arcángel San Miguel y al Precursor, y en 1590 se da la doble advocación al retablo; pero es muy probable que fuera también el retablo doble, o que al renovarse el trascoro, antes de 1590, se hicieran los dos altares que por separado da ya Antolínez de Burgos, y la obra de doble advocación repetida se descompusiera en dos retablitos, uno dedicado a San Juan y a San Miguel el otro.

Otra observación he de hacer. Del retablo primitivo se forman otros dos, que cita Antolínez «junto a la reja»; en época de Bosarte están en la nave de la Epístola y son «unos pequeños altares.» ¿Cuántos? ¿seguirían siendo los dos de Antolínez, o se formaría alguno más? Evidente que dentro de la palabra «unos» caben los «dos» de San Juan y San Miguel, y sería pasarse de sutil suponer que pudieran hacerse, luego de Antolínez, tres por lo menos. Lo razonable es que siguieran los dos retablitos, aunque se les variase de emplazamiento, por necesidades del convento.

Demostrada con estos datos la existencia de otro retablo de Berruguete en San Benito, a más del mayor, transformado luego aquél en dos pequeños, para iniciar su busca con algún método y sistema, se hace preciso acudir al archivo de la Comisión de monumentos y examinar los papeles que dejó aquella Comisión clasificadora de los objetos científicos y artísticos, creada a raíz de la supresión de las comunidades religiosas. No era problema fácil la empresa; pero he podido reunir los papeles más interesantes a la formación de nuestro Museo provincial de Pintura y Escultura hasta que en 1850 se encargó de él la Academia de Bellas Artes, y se puede trabajar ya con algún resultado.

Nada de retablos aparece recogido de San Benito en 1836 más que «Una Capilla de madera así como de dos varas (muy rota) Escuela antigua», ni en otras posteriores relaciones de obras de los conventos; pero al inaugurarse el Museo el 4 de Octubre de 1842, se dice que hay obras de Berruguete en el mismo, y, probablemente, por entonces se habían desmantelado los retablos del mencionado convento, de las estatuas por lo menos, como ya dije en otro trabajo sobre el retablo mayor.

En el inventario de 21 de Enero de 1845, se citan ya detalles de los seis retablos llevados de San Benito al Museo, y se da una referencia de «Dos Retablitos pequeños tallados de tres varas y media de largo por una y media de ancho, con cuatro Columnas, dos Ornacinas y su concha de remate cada uno.»

Indudablemente, estos dos últimos retablos que se citan como si fueran iguales, eran los que procedían del primitivo de San Juan y San Miguel en el trascoro primero, algo fragmentados ya.

Y para suponerlo no hay más que observar que en el inventario que se hizo para formalizar la entrega del Museo por la Comisión de Monumentos a la Academia de Bellas Artes, fechado en 28 de Mayo de 1851, se citan, procedentes de San Benito, y al objeto presente, en la *Capilla*:

Núm. 1 antiguo. Un altar con sus columnas de talla y adornos de 19 pies y 8 pulgadas de alto por 12 y 8 de ancho, de Berruguete; con la Virgen y Jesús en el regazo, a los lados dos figuras de cuerpo entero, y delante mesa de altar con una medalla del santo Sepulcro y los cuatro durmientes, además de otras dos media-figuras, «todo perteneció a los altares de S. Benito,» en cuya reseña, aunque aparece el nombre de Berruguete

y algunas obras lo eran suyas, no se ven los retablos de San Juan y San Miguel. Ya se ven unidos e iguales, en esta otra cita en la misma Capilla del Museo:

Números 37 y 38. Dos altares con sus columnas de talla y adornos dorados, de Berruguete—14 pies y 10 pulgadas alto; 7 pies y 8 pulgadas ancho.

Los retablos que anota el inventario de entrega de 1851, procedentes de San Benito y de mano de Berruguete, eran los tres acabados de citar, correspondían a tres retablos pequeños relacionados en el inventario de 1845; pero no podía ser el número 1 ninguno de los dos de San Juan y San Miguel; es más, ni de Berruguete era la obra, que pertenecía a otra de Gaspar de Tordesillas. Los dos que se reseñan juntos son los de Berruguete.

Con esos datos y las características de las labores de Berruguete tanto en columnas abalaustradas, como en el detalle de los adornos, algo planos, pero abundantes, había que buscar las obras en lo dado en depósito a iglesias. Y, en efecto, hay que desechar el retablo dado al convento de religiosas de la Concepción en Fuensaldaña, pues el retablo mayor es barroco y los laterales, góticos modernos y malísimos. Tampoco hay que buscarlos en Puente Duero, donde no se llevó ninguno, al fin, porque no se adaptaban a la iglesia los que hubieran podido darse en depósito. En otros depósitos no figuran retablos.

Otro dato me sirve de base para la busca de dichos retablos y es que tienen que ser colocados en las iglesias en la segunda mitad del siglo XIX, pues que, evidentemente, aparecen en el Museo en 1851.

Al repetir las visitas en las iglesias de Valladolid, y desechando, desde luego, los retablos citados siempre en sus actuales lugares por los escritores anteriores a la segunda mitad del siglo XIX, es decir, fijándome en los que se han colocado o modificado poco antes de mis tiempos, observé con atención dos retablitos de la hoy iglesia parroquial de San Esteban (antes del colegio de San Ambrosio) y otro incompleto, como aprovechando restos o fragmentos de otra obra traída de lugar diferente, en Santiago.

Efectivamente, el retablo de la iglesia de San Esteban dedicado al Purísimo Corazón de María, en la primera capilla (a

contar del crucero) del lado del Evangelio, y el de la Virgen del Henar, en la segunda del lado de la Epístola, en la misma iglesia; y en la de Santiago, el fragmento de retablito de San Juan Bautista en la capilla bautismal, inmediata a la de la Adoración de los Reyes,—otra obra indubitable y documentada de Berruguete, como pude demostrar,—son tres obrillas que, sin duda de género alguno, proceden de Berruguete o artista que le iba cerca, y para la busca deseada hay que fijarse en los dos casi iguales de San Esteban, y su contemplación nos lleva, sin querer, a suponer que los dos retablitos de San Juan y San Miguel son los hoy del Corazón de María y la Virgen del Henar, y reuniendo todos los datos ya expresados la suposición llega a la evidencia, sin más examen.

Pero hay que caminar despacio, y ver el estilo de estas obras, y la razón de estar en San Esteban, si alguna vez estuvieron en otra parte.

Les he comparado con detalles del grande de San Benito el Real, y encuentro aquellas columnas parecidísimas a las abalaustradas que se guardan en el Museo. No tienen los retablos relieves ni estatuas, cuyo estudio comparativo con los conocidísimos de Berruguete, y con los de la Adoración de los Reyes, menos conocidos como de Berruguete, pudiera dar la clave de modo absoluto; pero el estilo general de la composición; la manera de perfilar las columnas; las menudas molduras; el adorno, de idéntico tipo y modelo, aunque tratado por diferentes manos en algunos detalles, en las dos obras documentadas que posee Valladolid y en estas otras, cosa nada de extrañar por la organización que diera al taller el maestro; la entonación de los retablos empleando los fondos blancos y azules con el relieve y talla dorados; las conchas de cubrición de nichos que usó Berruguete casi por sistema, son motivos que conducen, como por la mano, a verse ante fragmentos muy curiosos de los retablos primitivos relacionados en San Benito.

Evidente que estos que ahora cito son algún tanto más secos y pobres de líneas que el de la Adoración en Santiago de Valladolid, por ejemplo. Pero recuérdese el de Irlandeses en Salamanca, y habrá que convenir que son de su estilo, quizá se parezcan más a éste que a aquél por lo mismo que faltan estatuas e historias que enriquecen y dan carácter genial a los trabajos que salieron del taller vallisoletano de Berruguete.

Además, ocurre, y se ha repetido un particular que no conviene perder de vista y que siempre hace desmerecer una obra, que los retablos citados de San Esteban se deshicieron cuando formaban conjunto, para hacer dos independientes; que se les cambia de sitio, probablemente modificándoles algo; luego se desmontan y se vuelven a montar en el Museo y se repiten ambas operaciones para que puedan lucir en San Esteban. Aunque haya que suponer pericia en los oficiales, no hay que dudar que las adaptaciones que se hicieran en San Benito mismo, hacen suponer también que la obra tuviera que desmerecer, y por eso puede parecer, algunas veces, perdido el carácter personal del artista que la labrara, si el trabajo de adaptación no es cuidadoso, pues en casos se han cometido verdaderos horrores y se desnaturalizó por completo la obra.

Contando, pues, con ese coeficiente de pérdida forzosa, forzoso se hace, del mismo modo relacionar al mismo taller los dos retablos casi iguales de que queda hecha mención, y suponer en consecuencia deducida del estudio comparativo y documental expuesto, obras de Berruguete los dos retablitos de referencia en San Esteban.

* * *

Siempre han sido citados juntos los retablos de San Juan y San Miguel, hechos por Alonso Berruguete. Los papeles del archivo de San Benito, juntos y constituyendo uno solo les referían; lo mismo les cita Antolínez de Burgos; Bosarte hace cosa igual, aunque no indique las advocaciones; la relación de las piezas de arte recogidas en 1845 en el Museo de la iglesia de San Benito, pone también juntos los dos retablitos, por ser iguales o casi iguales; y la misma circunstancia se da en los retablos del inventario de 1851, citado varias veces. Poco había que esforzar la imaginación para referir a la misma obra todas esas citas. Pero aún hay más: otro documento oficial vuelve a reseñarlos juntos, y en la iglesia de San Esteban, prueba última, como coronación, de todo lo que vengo sustentando.

Ocurrió un incendio en esa parroquia el 27 de Octubre de 1869, cuyas causas atribuyeron a revueltas y venganzas políticas. El fuego consumió retablos, cuadros y estatuas, salvándose del voraz elemento el Cristo llamado del Consuelo. Se iniciaron en seguida las obras de restauración, y en el primer

aniversario del violento suceso se abrió de nuevo al culto la iglesia, con los elementos más precisos al fin. La Junta o Comisión nombrada para recabar fondos, trabajó eficazmente, y consiguió, por órdenes de la Dirección general de Instrucción, perteneciente al Ministerio de Fomento, dadas en 10 de Julio de 1870 y 30 de Abril de 1871, que fueran cedidos a la iglesia de San Esteban, en calidad de depósito, varios objetos de los que se conservaban en el Museo provincial de Bellas Artes.

La entrega de esos objetos se hizo el 12 de Julio de 1871, ante el notario Don Gregorio Nacienceno Muñiz, quien levantó el acta correspondiente, de la que se envió una copia al Ministerio de Fomento, otra se entregó al párroco y la tercera quedó en el Museo, representado entonces por la Academia.

Entre los varios y no pocos objetos cedidos, están una estatua de San Juan Bautista y otra de San Miguel sin importancia, y que ninguna cosa tienen que ver con los retablos de San Benito; pero la tienen a mi objeto: «Dos mesas de Altar de 2,15 metros de ancho y 2,45 de alto hasta la cornisa principal y 0,70 metros más sobre la cornisa, el uno; y 2,25 metros de ancho, 2,75 de alto hasta la cornisa y 0,70 de más de remate sobre ésta, el otro. Se componen de dos hornazinas cada uno, teniendo su casquete en forma de concha, acompañadas de cuatro pilastras, dos en el centro y dos a los extremos, con columnas en relación con ellas y destacadas del frente, las cuales son balaustradas con molduras que dividen su altura: descansando sobre un sobre (*sic*) de poca elevación y terminando con una cornisa general sobre la que descansa el remate, que por su forma general parece haber estado ceñido por una bóveda ojival. Este remate tiene en su centro un casquete en forma de concha, como las hornazinas, y a sus costados los arranques de una pilastra a cada lado. Todo el conjunto de ello se halla entretenido con adornos en relieve, de un renacimiento de transición, a cuyo género pertenecen los dos conjuntos. Se hallan pintados de blanco, azul y partes doradas con algún toque de otro color en los relieves de pequeñas molduras.»

Compárense estos datos con los de los dos retablitos «pequeños tallados» de la relación de 1845, de lo recogido de San Benito,—aparte dimensiones que siempre aparecen equivocadas en los inventarios,—y se observará lo mismo: cuatro columnas, dos hornacinas,—cuando debieran decir tres,—concha de re-

mate,—que, sin duda, no se llevó a San Esteban, pues allí no aparece ninguna,—y que no pueden ser otros que los «Dos altares con sus columnas de talla y adornos dorados, de Berruguete,» de 1851, siempre citados juntos; como he hecho observar por su analogía, y mejor su casi identidad, como formando un día un solo conjunto, el retablo doble dedicado a San Juan y San Miguel.

Creo que con estos antecedentes no puede abrigarse hoy duda alguna sobre la atribución de los dos retablitos de la iglesia de San Esteban. Ser dos retablos iguales, y dos pequeños tuvo Berruguete en San Benito, originados en uno solo; ser del estilo del maestro y proceder del Museo, a donde se llevaron los que hizo el famoso escultor, son muchas coincidencias. La identificación está hecha, y además se puede seguir, casi paso a paso, con documentos y hechos, el camino de los dos retablitos desde San Benito a San Esteban.

Se encontró, al fin, otra obra que se creía perdida procedente del taller del insigne Alonso Berruguete. Ya van saliendo trabajos suyos en una ciudad en la que, indudablemente, habría de trabajar para ella. El retablo mayor de San Benito, con ser tan grande, le creía poco para Valladolid, dada la serie de años que aquí vivió el escultor; temporalmente residió en otras poblaciones; pero aquí tenía la familia y el taller; justo era que hubiese dejado otras muestras de su ingenio que las galas valiosísimas del retablo principal del convento de los beatos.

Se conocen ya, con toda seguridad, esas obras de Berruguete: los dos retablitos de San Esteban, en su arquitectura solamente; mas ¿y las esculturas? El doble retablo de San Juan y San Miguel, había de tener estatuas; seis son los nichos; seis habían de ser las esculturas, y entre ellas se contarían San Juan y San Miguel, que ocuparían los centros, y, según he dicho, las imágenes de esos títulos que se llevaron a San Esteban son obra mediana, a mil leguas de las de Berruguete, y tampoco lo es del maestro el de San Juan de las Monjas de Fuensaldaña, que un día supuse pudiera ser de esos retablos.

Las seis estatuas creo haberlas identificado también: no salieron del Museo, y son los seis alabastros que hasta no hace muchos años no se les dió importancia, y aun no la tienen para muchos.

* * *

Dando vuelta a los papeles procedentes de la Comisión que recogió los objetos de los conventos suprimidos, de cuyos papeles no se obtiene todo el fruto que fuera de desear, me encuentro en el Catálogo de 1843 reseñadas en el Salón, con los números 5 y 6, «*Dos estatuas en alabastro antiguas, San Miguel y San Juan con sus pedestales de jaspe.*» Y en el inventario de 1851, con los mismos números en la Galería primera, «*Dos estatuas de S. Juan y un S. Miguel colocadas en sus respectivas peanas a la entrada para la escalera principal,*» con el aditamento de ser el material en que estaban hechas el «*alabastro.*» y de «*Escuela antigua.*» Y en el mismo Inventario, en la Capilla, figuran con los números 37 y 38, de Berruguete, «*Dos altares con sus columnas de talla y adornos dorados con cuatro estatuas de piedra.*» Esos dos altares, precisamente, son los de Berruguete, como ya se vió, ahora en la parroquia de San Esteban; y esas cuatro estatuas de piedra, con las dos mencionadas de San Juan y San Miguel, hacen justamente el número de seis que corresponden a los seis nichos de los retablos.

Aun en esa época varias de las estatuas estaban en los sitios que siempre tuvieron destinados; pero al llevar los retablos a la parroquia de San Esteban se separaron de ellos, porque no les pareció bien llevárselas, por ser de piedra, y quedaron sueltas en el Museo.

En el Catálogo de Martí se hicieron pocas referencias a esas obras. En el número 23 se reseña un retablo y se dice que en su mesa había tres estatuas de tamaño mitad del natural: «*San Juan Bautista, San Gerónimo, y San Miguel Arcángel,...* la 1.^a y 3.^a de alabastro». Pero ya dió cuenta de las otras cuatro estatuas de alabastro en los números 85 a 88 que tituló: «*Un Pontífice, Santa Catalina, San Sebastián y Un Pontífice.*»

Y, en efecto, seis son las estatuas de alabastro con abundantes toques de oro en barbas, cabellos, orlas de vestidos y otros detalles, y ligera polieromía en bocas y ojos, aunque los papeles antiguos no las tenfan ordenadas conjuntamente; siendo del mismo material, del mismo estilo, de la misma época y de la misma mano, con toda seguridad.

Seis estatuas en mármol se pusieron ya juntas en el Inventario de 1915 (Números 174 a 179. Seis efigies) y se las dió los números 285 a 290 en el Catálogo de 1916, y representan San Juan Bautista, San Gregorio, un obispo (San Ambrosio, quizás, o San

Agustín), San Miguel, Santa Catalina y San Sebastián, no todas iguales, ciertamente, pues hay diferencias entre ellas; pero las seis proceden, sin género de duda, de la misma obra de conjunto, y si se estudian, sobre todo, las tres primeras, se observan las características de la obra de Berruguete, con las diferencias consiguientes a estar acostumbrados a ver las esculturas labradas en madera, y estas en alabastro, diferencias de material que tienen que influir, de todos modos, en las unas y en las otras. No hay más que recordar las obras de Berruguete en Toledo labradas en material pétreo.

Si a ese detalle, no desprovisto de importancia, se une que las seis estatuas de referencia encajan perfectamente como anillo al dedo, en los seis nichos de los retablos que hay en San Esteban; que entona muy bien el alabastro con toques de oro con la polieromía de los retablos, abundando el blanco y oro; y que no puede negarse el corte berruguetesco del obispo y del de San Juan, se va deduciendo lógica e insensiblemente, que las seis estatuas de alabastro que han andado desperdigadas por el Museo, sin saber qué hacer de ellas en algunas ocasiones, son las pertenecientes a los dos retablos de San Miguel y San Juan Bautista, hechos con los detalles del de doble advocación labrado por Berruguete. No haría toda la obra el maestro; verdad que estaba entonces muy atareado con trabajar a la vez el retablo mayor para el mismo convento de San Benito; pero no puede negarse que de su taller salieron esas estatuas, algunas con labor del mismo maestro, otras de sus oficiales.

En vista de estas razones, que las considero de peso, atribuyo y aplico las seis estatuas de alabastro a Alonso Berruguete, mejor que a ningún otro artista.

Recuerdo que hace mucho tiempo, visitando el Museo con persona entendida y conocedora de los detalles del arte vallisoletano, ésta me apuntó la idea de que tales obras pudieran ser del maestro Felipe Bigarny y pertenecer al sepulcro (ignorado por completo) del obispo Fr. Alonso de Burgos, mucho más—decía—cuando entre las seis estatuas hay un Papa que se supone sea San Gregorio. Yo le hice mis observaciones oportunas: eran estatuas grandes para adornar un sepulcro, en el cual no tenían cabida. Y, además, hay que recordar lo que dijeron los que del sepulcro de Fr. Alonso de Burgos trataron. El P. Arriaga en su Historia manuscrita del Colegio de San Gregorio (de la que

existe una copia moderna en el Archivo de la Diputación provincial), no citó más que las «curiosísimas medallas así de Santos como de Virtudes», como si eso fuera lo más importante del sepulcro, aparte la estatua yacente del obispo de Palencia. Pero otros escritores, más aficionados a las cosas artísticas que el buen dominico, nos dejaron noticias circunstanciadas de la composición de la obra funeraria.

Así es que se lee en el *Viage de España* de don Antonio Ponz (t. XI, c. 2.^a, n. 53): «Al rededor de la urna hay cuatro Virtudes, representadas en medallas muy relevadas, y quatro figuras de nuestra Señora, de San Gregorio, de Santo Domingo, y de San Pedro Martir, cuyos asuntos están historiados. En cada esquina hay una especie de esfinge, y las quatro sostienen el sepulcro: se ven en un balaustre al rededor de él graciosas labores, figuras de niños, &c. todo de bellísima, y grandiosas formas, de juiciosas, y verdaderas expresiones, con gracia, y correccion.» Descripción aun más detallada es la del *Viage artistico* de Don Isidoro Bosarte, la cual, descartando, como en la de Ponz, la figura de Fr. Alonso de Burgos, transcribo también: «Se adorna el sepulcro con ocho tableros, que contienen medallas de relieve. En los quatro ángulos de la urna hay sirenas. Los quatro tableros principales contienen las figuras de San Gregorio, San Pedro Mártir, la Virgen con el Niño, y Santo Domingo con un libro abierto en la mano. Las otras medallas que acompañan a estas contienen quatro Virtudes, que son Fe, Justicia y Caridad, y otra con una águila, cuyo símbolo o significado no entiendo. Los niños de la virtud de la Caridad son de todo relieve. Se dividen los tableros por balaustres con relieves de flores de lis y niños. En la parte inferior de los ángulos hay quatro garras o uñas de mármol blanco.»

Por ningún lado se ven las estatuas de alabastro a que me refiero, que, como he dicho ya, eran muy grandes y no tenían acomodo en el sepulcro citado: la obra del maestro Felipe Bigarny, a que querían referirlas.

Hízose costumbre en el Museo atribuir al Borgoñón esas estatuas, y hay que deshacer la falsa tradición moderna. Pero también convenir, de todos modos, en que son de buen artista. Y tan buen artista, repito ahora; con la añadidura de crearlas labradas por Berruguete.

A todos los inteligentes a quienes he propuesto tal atribu-

ción, han visto conmigo la mano del maestro en el obispo y San Juan y hasta en el Pontífice; pero les cuesta más trabajo aceptarla en las otras tres estatuas de San Miguel, Santa Catalina y San Sebastián. Efectivamente, son estas más redondas, los ropajes muy amplios, las carnes musculosas; no se observan en ellas el espíritu y elegancia que hasta en las dislocaciones más patentes se nota en las estatuillas de madera del retablo mayor de San Benito. Cierto. La comparación entre estas tres estatuas últimamente mencionadas y las otras del San Juan, San Gregorio y el obispo, hace notar diferencia de gran consideración. Y, sin embargo, yo atribuyo todas seis al maestro, o a su taller, que viene a ser lo mismo, o casi lo mismo, pues eran obras de conjunto, y, por lo mismo, no había de hacerlo todo el artista, cuando es sabidísimo que en algunos contratos le exigían que él mismo hiciera caras, manos y otros detalles.

Son obras las seis estatuas para una completa que Berruguete contrató y cobró; eso no admite ya duda, y aun cuando la diferencia del San Sebastián de madera del retablo grande a este San Sebastián de alabastro, sea enorme, algo tiene esta última estatua que recuerda al maestro: el paño superfemoral: ceñidísimo al desnudo, con plegados menudos y seguidos. Hasta los toques de oro de estos alabastros hace pensar, sin querer, en las abundantes estatuillas de madera del genial maestro.

Sigo, pues, con mi atribución, con las reservas y distingos expresados: Las seis estatuas de alabastro son obra de Berruguete, así trabajara él muy poco en algunas. Pertenecen a una obra documentada suya, salida de su taller, por él cobrada, y que llevaba su maestría, y con eso está dicho todo. Son obra suya en cuanto pueden serlo al laborarlas en un taller donde abundaba el trabajo y eran necesarios, por tanto, muchos oficiales. Estos seguirían los dibujos, los rasguños que diera el maestro, y lo interpretarían, cada cual a su criterio; el maestro retocaría algo en los momentos de más desahogo o de vena, y muchas cosas las dejaría, también, como salían de manos de sus oficiales.

Pero unas y otras de estas estatuas, así las que ahora a todos parecen indubitables de Berruguete, como aquellas en que permanece por más tiempo la duda, son obra muy apreciable; por serlo se querían atribuir al Borgofión ¿por qué no a Berruguete, cuando tantas razones abonan la paternidad? En estas estatuas

no caben distingos: o todas son o ninguna es de Berruguete. En dos, nadie duda; ¿por qué dudar de las demás? las cuales algunos caracteres tienen bien definidos del maestro en detalles que no podían ser de mera casualidad.

La atribución, pues, está fundamentada. Las estatuas pertenecieron a un doble retablo de Berruguete; no iban a ser de otro maestro, por tanto. Creo la identificación de retablo y estatuas, completa y absoluta.

JUAN AGAPITO Y REVILLA

Atribuciones de pinturas en documentos antiguos referentes al Museo

(Continuación) 11

Cat. 1843.

Salón.

21. San Agustín en éxtasis, sostenido por un grupo de ángeles, pintado en lienzo y firmado por Joaquín Canedo, Pintor de Valladolid.

Sala 1.^a

34. Nuestra Señora del Carmen, cuadro moderno de Joaquín Canedo.

Sala 10.

15. Nuestra Señora del Carmen, pintada por Joaquín Canedo.

22. Una Dolorosa de medio cuerpo, pintada por Canedo.

Sala de Juntas.

9. Un Ecce homo de rodillas, sobre un Globo, del tamaño natural, por Joaquín Canedo.

Galería 1.^a

3 y 4. Dos Santos Carmelitas, San Juan de la Cruz, firmados por Joaquín Canedo en 1795.

*Inv. 1851.**Pasillos y entrada al salón.*

1 a — 105 n — Retrato del R. P. Fr. Diego de S.^{ta} Maria — Joaquin Canedo.

Escalera principal.

5 a — 194 n — Retrato del II.^{mo} Sr. D. Lorenzo de Alaguera y Rivera, marco pintado — De Joaquin Canedo.

30 a — 218 n — Santísimo Padre Clemente 16, marco pintado y dorado — Firmado de Canedo.

Pasillo de la escalera.

252 y 253 n — Santa Teresa y otro Santo — De Canedo.

Sala 1^a

34 a — Nuestra Sra. del Carmen — De Canedo.

Sala 10.

22 a — Una Dolorosa de medio cuerpo — Por Canedo.

Sala de Juntas.

9 a — Un Ecce Homo de rodillas sobre un globo — Por Joaquin Canedo.

Galería 3.^a Sala de depósito.

1 y 2 a — Dos cuadros q.^e representan S. Juan de la Cruz, marco pintado, y otro igual de la misma orden q.^e no está bien conocido — Por Canedo.

28 a — Nuestra Sra. del Carmen, marco barnizado — Por Canedo.

Pasillo para la Hospedería.

33 a — Idem [cuadro] grande S. Agustín — De Canedo.

Cat. 1874.

106. Joaquin Canedo — San Nicolás de Tolentino en éxtasis.

350 — Joaquin Canedo — Nuestra Señora del Carmen.

621 — Joaquin Canedo — San Juan de la Cruz.

(Continuará).